

EL ESPECTADOR

FUNDADO EN MEDELLÍN EN 1887 POR FIDEL CANO

El Espectador trabajará en bien de la patria con criterio liberal y en bien de los principios liberales con criterio patriótico. Fidel Cano

Gerente Eduardo Garcés López Director Fidel Cano Correa

Consejo Editorial

Presidente Gonzalo Córdoba Mallarino

Pilar Reyes, Héctor Abad Faciolince, Ramiro Bejarano, Armando Montenegro.

Editor General Jorge Cardona

Vicepresidente Comercial Caracol Unidad de Medios Mauricio Umaña Blanche

Gova

ODE
BRE
CTHC3A
BR
CTH

Corrupción suicida

Directores: Fidel Cano Gutiérrez: 1887 - 1919. Luis Cano: 1919 - 1949. Gabriel Cano: 1919 - 1923 (Medellín) y 1949 - 1958. Guillermo Cano: 1952 - 1986. Juan Guillermo y Fernando Cano: 1986 - 1997. Rodrigo Pardo: 1998 - 1999. Carlos Lleras de la Fuente: 1999 - 2002. Ricardo Santamaría: 2003. Fidel Cano Correa: 2004 fidelcano@elespectador.com

El Espectador. Editado por Comunican S.A. ©. Miembro: SIP, WAN, IPI y AMI
© Comunican S.A. 2018. Todos los derechos reservados.
ISSN 0122-2856. Año CXXXI. www.elespectador.com

Opinión

¿Cómo evitamos las tragedias?

EL DOMINGO, EN LA VEREDA DE PORTACHUELO, jurisdicción del municipio de Rosas (Cauca), se produjo un derrumbe que se llevó a su paso ocho viviendas, dejó por lo menos 14 personas muertas y otras treinta desaparecidas, y bloqueó la vía Panamericana que conecta a Nariño con el Cauca. Los ecos de tragedias similares en otros sectores del país se pueden oír y nos obligan a preguntar: ¿son inevitables estas tragedias?

Las autoridades respondieron de inmediato al derrumbe. El presidente de la República, Iván Duque, dijo que “nuestra solidaridad (está) con los familiares de víctimas por derrumbe ocurrido esta madrugada en Rosas, Cauca, debido a fuertes lluvias. Desde temprano atendemos emergencia con Ungrd (la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres) articulados con autoridades locales, departamentales y organismos de socorro al frente de esta situación”.

Por su parte, la Ungrd explicó en un comunicado que “se tiene instalado el Puesto de Mando Unificado en la zona liderado por el Consejo Municipal de Gestión del Riesgo, quienes han confirmado que la situación deja hasta el momento 14 personas fallecidas y se trabaja con las autoridades en las labores de búsqueda y resca-

te. Dos personas fueron trasladadas al hospital del municipio de Rosas, en donde son atendidos por estrés agudo luego del evento y tres más heridas que son atendidas en el hospital de Bordo”.

Celebramos que, como suele ocurrir ante este tipo de situaciones, abunden los voluntarios junto con la presencia de las autoridades. Su labor de buscar víctimas entre los escombros, atender a los heridos e incluso despejar las vías es esencial y habla de las mejores características de los colombianos.

Dicho eso, hay una voz en toda esta situación que no puede ignorarse. Jesús Eduardo Díaz, alcalde de Rosas, dijo que “desde hace un año se encendieron las alertas sobre esta zona de la tragedia”.

“Cuando ocurrió el derrumbe en Mocoa se dijo lo mismo: era una tragedia anunciada. Si sabemos esta realidad, ¿por qué es tan difícil evitar que sigan presentándose estas tragedias?”.

No es la primera vez que escuchamos una queja similar. Allí donde el clima y la geografía crean zonas vulnerables a derrumbes y tragedias, suelen unirse características que empeoran el riesgo: construcciones realizadas sin planeación, sin cumplir los requisitos de seguridad y que albergan a un número considerable de colombianos.

Cuando ocurrió el derrumbe en Mocoa se dijo lo mismo: era una tragedia anunciada. Si sabemos esta realidad, ¿por qué es tan difícil evitar que sigan presentándose estas tragedias?

No hay soluciones sencillas. Es necesario, por ejemplo, hacer una evaluación de cuáles son todas las zonas de riesgo en el país y qué población vive ahí. Los procesos de reubicación son costosos e implican recursos. Sin embargo, las condiciones climáticas del país y el mundo solo indican que las lluvias empeorarán con el paso del tiempo, lo que aumenta el riesgo de que ocurran otras tragedias. El precio de no hacer nada nos parece mucho mayor.

Expresamos nuestras condolencias a las víctimas y los acompañamos en el sentimiento. Por ellas, es momento de que los gobiernos locales y el nacional se pregunten cómo enfrentamos el reto de evitar estas tragedias.

¿Está en desacuerdo con este editorial? Envíe su antieditorial de 500 palabras a yosoyespectador@gmail.com

Acordeones en el Magdalena Grande

SALOMÓN KALMANOVITZ



EL VALLENATO SE HA CONVERTIDO en el género más popular de la música colombiana, tras una larga odisea que nos relata Joaquín Vilorio en su historia cultural y económica*. De raíces africanas (los tambores y la guacharaca que marcaron su ritmo) e indígenas (las gaitas de arahuacos y kogis), se fusionó con el acordeón europeo que apareció en los puertos del Caribe hacia 1870. Se trata en uno de sus orígenes de una música campesina que surgió como cumbiamba y merengue que se bailaba en los campamentos de la United Fruit Company entre Fundación y Ciénaga, que asumiera la forma de porro y merecumbé en los años 50 del siglo XX bajo las batutas de Lucho Bermúdez y Pacho Galán.

Antes de eso, el vallenato se fue forjando como música que acompañaba las trovas que relataban los sucesos que impactaban la suerte de los pueblos que convivieron en el Estado Soberano del Magdalena, que incluía a los que son hoy los departamentos de La Guajira y Cesar, durante la era fede-

ral, cuando éramos los Estados Unidos de Colombia (1863-1886). La Confederación fue liquidada por las guerras civiles que estallaron a fines del siglo XIX y que culminaron con la de los Mil Días (1899-1902).

El vallenato fue también música de vaquería, asociada a la hacienda ganadera y a las labores agrícolas y forestales. Los músicos eran también vaqueros y cosecheros. Intérpretes de origen humilde como Pacho Rada y Alejo Durán iban de pueblo en pueblo montados en sus burros, acordeón al cinto, pero también surgieron figuras de las clases acomodadas como Rafael Escalona y más recientemente Carlos Vives, quienes lustraron sus composiciones y letras.

De ser considerada música vulgar fue evolucionando hacia música de solo hombres que se reunían en parrandas para exaltar a terratenientes prósperos, contrabandistas y marimberos que regaban con whiskey, que no con el ron y el guarapo de los pobres. Las bonanzas siempre pasajeras del contrabando en La Guajira, del algodón en el Cesar y de la marihuana que devastó la Sierra Nevada en los años 70 fueron puntos altos del vallenato. Aunque hubo algunas incursiones de mujeres músicas, el vallenato fue siempre un mundo cerrado de machos; su ritmo terminó acelerándose y electrificándose, añadió bate-

ría y coros, volviendo así a ser música para bailar y festejar eventos sociales.

Todavía estigmatizado en los años 50, cuando se prohibía su presentación en los clubes sociales de Santa Marta y Valledupar, su música se esparció apoyada por intelectuales como García Márquez, Zapata Olivella y Cepeda Samudio, y políticos como Pedro Castro y Alfonso López Michelsen. Los primeros organizaron el festival vallenato de Aracataca, que se trasladó para quedarse en Valledupar. Alfonso López Pumarejo era el heredero, por el lado de su madre, de una extensa hacienda en el Cesar, región que favoreció como presidente y que se escindió para convertirse en departamento en 1967; su primer gobernador fue su hijo, el joven López Michelsen.

El desarrollo de las emisoras de música popular en la región Caribe en los años 40 y de la industria disquera en Barranquilla y Cartagena en los 60 aceleraron su acogida regional; más adelante, la televisión lo tornó un fenómeno nacional cuando cubrió el primer Festival Vallenato de Valledupar, en 1966. A partir de ese momento, el vallenato dependió de los mercados y no de los poderosos.

*Acordeones, cumbiamba y vallenato en el Magdalena grande, Editorial Unimagdalena.

Nieves



¿Bogotá?
En lo que si es igual al primer mundo, es en los precios de la propiedad raíz.